

lante con fines de propaganda política. El periódico no le va en zaga. Con la *Aurora de Chile*, editada por Fray Camilo Henríquez en 1812, en Santiago, se hermanan múltiples publicaciones de parecida índole en las demás repúblicas. Le contenían en la nuestra las *Cartas Quillotanas*, editadas por don Bernardo Vera y Pintado en 1814, y las *Cartas Pehuenches*, obra de don Juan Egaña, en 1819.

El *almanaque chileno* publicado en 1817 es algo más que un folleto: podría incluirse entre los primeros panoramas de la actualidad administrativa de entonces.

Si no faltaron los opúsculos políticos cimentadores de la revolución, escasearon, en cambio, los libros de textos para las nacientes escuelas e institutos secundarios, cuya labor se dificultó enormemente por tal motivo. Hasta muy entrada la tercera década del siglo XIX el libro todavía es un objeto escaso en esta tierra. Son escasas las personas que pueden dar el lujo o mantienen la afición de una biblioteca privada. Entre ellas ocupan sitio honorífico don Juan y su hijo Mariano Egaña, cuyas colecciones se encuentran hoy en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Le suplen, la revista, el semanario satírico y el diario que comienza a convertirse en una institución nacional con la fundación de *El Mercurio* de Valparaíso, el año 1827. Su vida centenaria le coloca a la cabeza de los rotativos actuales y constituye algo como el arquetipo de la prensa chilena.

El Diario Político aparecido en 1839, da margen a que don Juan Nicolás Álvarez ataque con las armas de la polémica y la crítica mordaz. *El Semanario de Santiago* (1842) es la palestra de los jóvenes que encandilan el fuego de las letras románticas en lo que se ha denominado el surgimiento de 1842; Don Francisco de Paula Matta abre nuevo surco a las ideas en *El Siglo* (1844) y en las páginas de *El Crepúsculo* Francisco Bilbao (1844) echa a volar las campanas de las doctrinas socialistas, con el consiguiente estruendo y escándalo de sus beatíficos contemporáneos.

Sin embargo, la obra que se imprimía o se compraba, iba a buscarse generalmente a Francia. Lastarria publicó allí sus *Lecciones de Geografía Moderna*; allí aparecieron los tomos de la *Historia Física y Política de Chile* por Claudio Gay, en el pie de imprenta de cuyas portadas se lee: "París, Imprenta de Maulde y Renou, calle Bailleul 9, cerca del Louvre, año 1846.

Los libros se expendían en los almacenes de menestras junto con el charquí y el cebo, en las tiendas de trapos, en las ferreterías o en la calle pública donde se pregonaban a la par que cualquiera otra mercadería. Famoso fué en las medianías del siglo el ciego Pedro Puebla que voceaba sus títulos a la par que "los

versos" o "corridos" en que los bardos populares narraban los sucesos memorables.

De acuerdo con don Pedro Pablo Figueroa, la primera librería instalada en Chile fué la de don Santos Tornero, que la abrió en la calle de la Aduana de Valparaíso en 1840, a la cual siguió otra en Santiago fundada por él mismo con el nombre de "Librería Española". En su libro *Reminiscencias de un viejo editor* dice el señor Tornero: "Francia e Inglaterra, especialmente la primera, eran los países que surtían de libros españoles a Chile; eran, por lo general, reimpresiones hechas en pequeños volúmenes importados por las casas consignatarias, quienes los vendían a tanto el volumen, chico o grande (y de éstos venían pocos), contándose por volumen, los silabarios, catecismos, novenas, etc. El precio de 3 a 4 reales (37½ a 50 centavos oro) era el corriente de cada volumen y nadie pagaba más".

Esporádicamente, aparecen libros editados en otros países: los del argentino, expatriado a Chile, don Domingo Faustino Sarmiento, por ejemplo, que los hizo editar en los Estados Unidos y cuyo consumidor más nutrido fué Chile; los de la Biblioteca de Appleton, de Nueva York; los de Brockhaus de Leipzig, entre otros. Prensas chilenas, bajo diversos promotores, editan en Valparaíso o en Santiago. Son ellos Julio Belin (Imprenta de Julio Belin y Cía.) que opera en la década del 40 al 50; Manuel Rivadeneira (4) el que después pasó a España y dirigió aquella Biblioteca Rivadeneira de Clásicos Españoles que constituyó la principal fuente para su estudio a fines del pasado siglo y principios del presente; Santos Tornero, a quien se encomendó la confección de algunas ediciones oficiales, etc. En general, son en los diarios como *El Deber* y *El Mercurio* de Valparaíso, *El Ferrocarril* y *El Independiente* de Santiago, los que proveen con sus cajas de tipos a la edición de libros: encontramos en las portadas de muchos, datos como estos:

Educación del Pueblo.—Lecturas hechas en la "Unión Liberal" de Santiago, por Guillermo Matta. Santiago de Chile. Imprenta "El Ferrocarril", 1856.

Memoria sobre instrucción Primaria presentada a la Universidad de Chile, por Julio Jardel. Santiago. Imprenta "El Ferrocarril", 1856.

Lentamente aparecen los impresores, pero no editan sino para el gobierno, los particulares y a cuenta de éstos. Tales son, por ejemplo, la Imprenta "El Siglo", la de los Tribunales, la Chilena y la Nacional, de donde salieron los Anales de la Universidad de Chile; la Imprenta de la Librería El Mercurio de los hermanos Tornero; la Imprenta Gutenberg, la Imprenta Americana, que dirigió un norteamericano, el señor La Fetra, la Cervantes que ya encontramos en funciones en 1886, la Barcelona que trabaja desde la última década de ese siglo, la Imprenta Moderna, etc.

Don Roberto Miranda es una honrosísima excepción. Hombre culto, de ideas avanzadas, a la par que comerciante, estableció en la década del 80 su "Librería Antigua y Moderna" que el público designaba solamente con el apellido de su dueño. El inició la venta de libros chilenos al exterior. Relacionándose con el poeta y ministro de Chile en Colombia, don José A. Soffia, envió a Bogotá una serie de obras chilenas que tuvieron allí excelente acogida; las *Poesías* de Soffia, las de Matta, la de Blest Gana, la *Instituta* de José Clemente Fa-

ANTONIO URBANO M. "EL GREMIO"

TELEFONO 2157
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José

Costa Rica

bres, el *Código Civil ante la Universidad*, recopilación de una serie de memorias presentadas a la Facultad, etc.

Estimulado por el éxito estableció después relaciones con Pedro Igón y Cía., libreros de Buenos Aires; con A. Barreiro y Ramos de Montevideo, etc.

Con motivo de la Exposición realizada en Francia en 1884 don Roberto Miranda envió a París una colección de obras chilenas entre las que figuraban en sitio de honor, las de don José V. Lastarria.

Puesto en este camino, el señor Miranda inició trabajos de verdadero editor. Gracias a su diligencia circularon en el continente las obras de historiadores chilenos como Barros Arana y Vicuña Mackenna; de publicistas como Valentín Letelier y Zorobabel Rodríguez; de juristas como don Jorge Hunneus y don José Clemente Fabres; de poetas como Matta, Soffia, de la Barra, Blest Gana, etc.

Sus servicios eminentes a la difusión del libro nacional, le mereció del Gobierno del Presidente Balmaceda, el galardón de una comisión oficial para que se trasladase a Europa (abril 1890) e hiciera imprimir allí una edición oficial y completa de los Códigos chilenos, a cuenta y riesgo del editor. Consigo llevó Miranda, además, una serie de libros chilenos que adquirieron, entre otras entidades la Biblioteca del Museo Británico de Londres.

La Casa Garnier Hnos. de París, inicia por aquellos años sus Bibliotecas en castellano destinadas especialmente a los países de América española.

El desarrollo de las compañías de publicidad españolas, a comienzos de este siglo, inunda a Chile como al resto de la América de libros baratos y al alcance de la juventud estudiantil. La Casa Sopena es responsable de los brotes de anarquismo que sufrieron los jóvenes en 1900 y 1910, jóvenes que, evolucionados más tarde, pasaron a ser la generación influyente en la política avanzada de estas dos últimas generaciones. Esa casa editora dió a conocer en América Latina los autores marxistas, a los literatos rusos, franceses, españoles del 900, mientras que la casa Maucci de Barcelona extraía del desconocimiento a una serie de autores de diversos países europeos cuyas obras tradujo al castellano. Después de ellas, España Moderna, Calpe y tantas otras, convirtieron a nuestras librerías en satélites de sus empresas. Igual aconteció con el libro francés editado a 3.50 francos por Garnier, Bouret, Flammarion, Lemevre, etc.

Los autores nacionales que deseaban imprimir sus obras lo hacían generalmente a cuenta y riesgo propio. Los más afortunados llega-

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía